ritu penetrante, muy sano juicio, y una crítica elevada y severa. Imitador de Ciceron, diferencióse poco de éste en la elegancia del estilo, por lo que con razon se ha dicho que á él cupo la gloria de dar su interpretacion en el terreno de la teoria á la reaccion literaria á que antes hemos aludido, dando á la vez ocasion á una especie de renacimiento de la literatura griega, que al cabo vino á contrariar á las letras latinas, cuyo decadencia precipitó.

Despues de Quintiliano, los vates españoles que merecen ser citados de entre los últimos que cultivaron la literatura latina en su manifestacion pagana, son: el cordobés Lucio Anneo Floro, autor de un libro no exento de mérito, titulado *Epítome rerum romanarum;* el poeta y á la vez sacerdote Cayo Voconio, y el retórico Antonio Juliano, de quien apenas se tienen noticias.

Lo que al cerrar el período que termina en los primeros dias del Imperio dijimos acerca de los caractéres principales que revelan en sus producciones los ingenios españoles que cultivaron la literatura latina durante dicho período, es aplicable á todos los demás que hemos comprendido en la presente leccion. La aspiracion á la independencia y, por lo tanto, la tendencia constante á rechazar todo yugo y quebrantar á sabiendas las reglas y preceptos del arte de Horacio y Virgilio, como en son de protesta en favor de la libertad perdida; la inclinacion á esas licencias y extravíos de que siempre y en todas las esferas de la actividad diera muestras el espíritu español; su afan de imponer, tomándolos como otros tantos cánones, esos mismos defectos, lo mismo á la Tribuna, que á la Poesía, que á la Historia; cierto sello de originilidad y, por lo mismo, irresistible inclinacion á separarse de los eruditos;—tales son los caractéres dominantes y constantes de la literatura hispano-latina en la manifestacion que hemos denominado pagana.

LECCION V.

Aparicion del Cristianismo; sus triunfos é influencia en las costumbres y la literatura del Imperio.—Escritores hispano-latinos que cultivan la manifestacion cristiana: Aquilino Juvenco y Prudencio Clemente. —Los Bárbaros: influjo que ejercieron respecto del mundo pagano y de los cristianos y su literatura.—Ultimos escritores hispano-latinos del Imperio.—Osorio; sus *Historias*.—Draconcio y Orencio: sus obras poéticas.—Idacio: su *Chronicon*.—Resúmen general de esta primera época de la literatura hispano-latina.

En el punto á que hemos llegado en estos apuntes relativos á la historia de la literatura hispano-latina, empieza á mostrarse la manifestacion cristiana á que nos referimos en el comienzo de la leccion precedente.

Débese esta nueva fase, que en su desenvolvimiento histórico presenta el Arte literario cultivado por los escritores españoles del tiempo del Imperio, á los progresos que la predicacion del Evangelio habia realizado, merced, por una parte, al descrédito en que habia caido el gentilismo, y por otra, á la buena acogida que tuviera la doctrina de Cristo, ardientemente propagada por hombres llenos de fé y de entusiasmo. La profunda desmoralizacion á que habia venido el mundo pagano, y la activa predicacion y tenaz propaganda de los Apóstoles y Padres de la Iglesia contribuyeron, aunque por distintos caminos, á un mismo resultado, al triunfo definitivo del Cristianismo, que al informar, como lo hizo, en poco tiempo la vida de aquellas sociedades caducas, dió nuevos elementos de inspiracion al Arte, que ya no podia alimentarse con la que le ofrecieran los ideales del mundo pagano, cuya total corrupcion y descrédito anunciaban su próxima é inevitable ruina.

Fué, pues, el advenimiento y rápido progreso del Cristianismo un hecho á todas luces saludable, en cuanto que á él

se debe la regeneracion en virtud de la cual despertaron á una nueva vida sociedades moralmente muertas.

Innegable es la influencia bienhechora que en las costumbres de la Roma imperial ejerció el Cristianismo, influencia, que operó una verdadera trasformacion en aquel pueblo, al que suministró nuevos principios de vida y, por lo tanto, nuevos elementos de inspiracion artística.

Con la paz dada por Constantino á la Iglesia en los primeros años del siglo IV de nuestra era, y con la que puede asegurarse que quedó afirmado el triunfo del Cristianismo, se hace más visible aquella influencia benéfica, y comienza á producirse en la literatura hispano-latina la manifestacion cristiana, de la que podemos considerar como iniciadores á los Padres de la Iglesia, cuya elocuencia tan poderosamente contribuyó al resultado que señalamos.

Son los primeros españoles que se inspiran en la musa cristiana, C. Vecio Aquilino Yuvenco, que floreció en tiempos de Constantino, y M. Aurelio Prudencio Clemente, que abrazó la religion cristiana en el reinado de Teodosio. Fué el primero de estirpe ilustre y de claro ingenio, y mereció el segundo que la posteridad le otorgase el título de «príncipe de los poetas sagrados.» Ambos son merecedores de alabanza por sus talentos y méritos literarios.

Yuvenco, que era Presbítero y á quien se considera como el primero de los poetas cristianos que ha producido España, escribió un poema titulado *Historia Evangélica*, en el que no se limita, como algunos han dicho, á poner en verso los cuatro Evangelios, sino que refiere la historia del Salvador ó mejor, canta la redencion del género humano. En tal sentido, ni se inspira para escribir su poema en las obras del siglo de Augusto, ni en la Mitología, ni en el arte de Homero y Virgilio, por más que no dejase de apreciar el mérito incontestable de estos dos grandes poetas; bebe su inspiracion en el Evangelio, lo que le lleva á explorar nuevas regiones, valiéndose, sí, de la lengua y metrificacion latinas, pero apartándose en gran manera del arte romano. Abunda su poema en brillantes descripciones, en las que, por punto general, se muestra sóbrio, renunciando al aparato y pompa de las

figuras y metáforas que plagan la poesía gentílica. Con austeridad y sencillez, expone la doctrina evangélica, y lo hace así porque para cantarla no habia menester de más ornato que la verdad. Por todo ello, la *Historia evangélica*, en la que al par que la austeridad y gravedad campea un lenguaje armonioso y flexible, es digna de estima, así como su autor, quien de ninguna manera merece el desprecio á que una crítica irreflexiva pretendiera condenarle, sin duda porque se separó del arte clásico de los griegos y los romanos. Juvenco escribió, además del poema citado, unos *himnos sobre los sacramentos*, de que da noticia San Gerónimo, y algunas otras obras sobre asuntos sagrados, tales como el *Liber in Genesis*, el *De Laudibus Domini* y el *Triumphus Christi heroicus*.

Prudencio, que nació por los años de 348 ó 350 de nuestra era en Zaragoza ó Calahorra, fué cultivador de las letras griegas y latinas, ejerció la abogacía y la magistratura, y últimamente, ocupó un lugar en la milicia. Escribio varios poemas religiosos encaminados á defender la pureza del dogma cristiano, á combatir la idolatria, á ensalzar las virtudes de los mártires y á cantar las alabanzas de los Apóstoles. Semejante empresa, no exenta de dificultades en aquellos tiempos, la realiza escribiendo el *Libro de los himnos*, el *Libro de las Coronas*, la *Apoteosis*, el *Origen del pecado*, el *Combate del alma* y dos cartas contra Simaco. De todas estas obras se han hecho bastantes ediciones, habiendo merecido sus *himnos* la honra de ser reproducidos, no sólo en los *Breviarios* y las *Vidas* y *Actas* de los Santos, sino áun en obras meramente históricas como la *España Sagrada*. Inflamado del espíritu religioso que exalta su fantasía, Prudencio infringe en sus obras las leyes de la metrificacion y de la gramática, no obstante lo cual aparece en la esencia como poeta superior á los gentílicos contemporáneos suyos, y sus descripciones son bellas y sencillas, como es elevada, varonil, y á veces majestuosa, la entonacion de sus cantos. No sin motivo se le acusa de duro é inarmónico, además de incorrecto, faltas que, sin duda, tienen su fundamento en que más que en la pulcritud de las formas tenía Prudencio puesta la vista

en la majestad y grandeza de las ideas y los sentimientos. De todo ello se deduce que áunque no pueda colocársele al lado de Horacio, como pretendia su entusiasta admirador Sidonio Apolinar, merece Prudencio ser tenido como poeta de bastante mérito y relevantes cualidades.

En la época que estamos historiando se realizó un acontecimiento de suma trascendencia que en poco tiempo cambió la faz del mundo, dando en tierra para siempre con el gran imperio de Occidente y coadyuvando, aunque de un modo indirecto, al triunfo definitivo del Cristianismo. Nos referimos á la invasion de los Bárbaros, mediante la cual, pareció al principio como reanimarse el mundo pagano. Pero esta animacion era galvánica y fué la precursora de una muerte cierta, desde hacía tiempo claramente presentida. En esta despedida de los antiguos dioses, en esta como agonía del gentilismo, que pugnaba con todas sus fuerzas por no abandonar el dominio del mundo, aviváronse las persecuciones contra los cristianos, á los que se culpaba de cuantos males aquejaban á la sazon al Imperio. Al triunfo cada vez más grande, que el Cristianismo alcanzaba, se atribuian las desdichas que afligian al mundo con la irrupcion de aquellas hordas venidas del Norte; y por lo mismo, y á la vez que se resucitaban los ritos, las ceremonias, y hasta las fiestas del Paganismo, hubo una especie de reaccion contra la doctrina del Evangelio, contra la cual, así como contra sus defensores se emplearon la calumnia, el sarcasmo y la sátira más emponzoñada.

No dejaron de responder á tan cruda y encarnizada guerra los campeones de la doctrina evangélica; ántes bien entraron en la pelea con denodado entusiasmo varones tan esforzados como Cirilo Alejandrino, Teodoreto, San Pedro Crisólogo, San Máximo, San Jerónimo, el gran Agustin, Tertuliano y otros.

Entre los españoles ilustres que figuran al frente de este movimiento, cuyo principal fin es defender de todo linaje de ataques la pureza de la doctrina cristiana, se cuenta el historiador Paulo Orosio, presbítero, natural de Braga, que floreció por los primeros años del siglo V. Hizo una peregrinacion al Asia y al Africa, visitando á San Gerónimo, y San Agustin, y aleccionado por tan sábios maestros, hubo de salir á la defensa del dogma católico contra los errores de Celestio y Pelagio, en presencia del cual y del obispo de Jerusalen hizo una relacion exacta de lo acaecido en el Concilio de Cartago. No bastando esto, tuvo que escribir su *Apologético contra Pelagio*, obra en que resplandece una gran elocuencia y en la cual se propuso probar la doctrina del *libre albedrío* negada por el heresiarca. Para convencer á los paganos de la falsedad de sus creencias, creyó Orosio que era el mejor medio presentar á sus ojos los ejemplos de la Historia, y á este intento escribió sus celebradas *Historias*, que no por haber dado lugar á contradictorios juicios dejan de tener mérito. Fué aplaudida esta obra durante el siglo V y consultada en los posteriores; y si en ella incurrió Orosio en anacronismos, pecó de crédulo (lo cual era un defecto de la época), y cayó en graves faltas de lenguaje y estilo, no puede en modo alguno negarse que tambien dió pruebas de estar adornado de dotes excelentes, que le hacen digno de especial mencion.

Como colaboradores en la obra acometida por Orosio, si bien pulsando la lira en vez de cultivar la Historia, deben citarse Draconcio y Orencio, el primero de los cuales escribió un poema en versos exámetros ó heróicos, denominado *De Deo* (repartidos en dos libros que constan de 2244 versos), en el cual canta al *Numen Único*, y en el que, en medio de no pocos lunares, resplandecen claras dotes que le dan un valor que no consiente los dictados de *grosero* y *bárbaro* con que ha sido injustamente tildado por los latinistas, pues no deja de tener bellezas de bastante precio. Las obras más notables de Orencio son sus *Oraciones* (veinticuatro) encaminadas contra la idolatria, y principalmente su *Conmonitorio*, obra que consta de dos libros y tiene por objeto formar la educacion moral y religiosa de los cristianos. Ménos ardiente y más sóbrio que Draconcio, brilla ménos que éste por la imaginacion, aventajándole en la dulzura y claridad de los versos; y así como el primero altera con demasiada frecuencia el valor de las sílabas, el segundo apé-

nas sabe observar las leyes del ritmo y del metro. Orencio fué más fecundo que Draconcio, pues además de las dos obras referidas, se conservan de él algunos himnos; ámbos merecen ser estudiados como cultivadores de la literatura hispano-latina.

En el mismo caso se halla Idacio, que nació á fines del siglo IV en la antigua Limia, hoy Ponte Lima, siendo elevado en el año 427 á la silla episcopal de Aguas Flavias (Chaves). Eclesiástico como Orosio, fué como él historiador, siendo las *Historias* de éste las que principalmente prefiere para escribir su *Chronicon*, que principia en el primer año del imperio de Teodosio (379), y termina con el tercero de Valentiniano (469). Esta obra es hija á la vez que del sentimiento religioso del patriótico, y no deja de tener mérito; pero no puede desconocerse que está escrita con olvido de las formas empleadas por los antiguos historiadores, y con demasiada rapidez y confusion, á lo cual contribuyó, sin duda, el estado crítico de la época en que se produjo y la abundancia de acontecimientos que encierra y que expone en brevísimo espacio. Idacio es el último de los escritores que florecen en la Península bajo el Imperio, que cuando se componia el *Chronicon* se hallaba en sus postrimerías.

Con dicho escritor termina tambien la primera época de la literatura hispano-latina, en la cual hemos visto que tomando por punto de partida la literatura clásica, así griega como romana, y valiéndose de la lengua del Lacio, extendida por toda la Península ibérica, que por los tiempos á que nos referimos no era más que una provincia romana, el ingenio español dió señales de vitalidad, y al honrar con sus primicias la historia literaria de un pueblo extraño, echó los cimientos sobre que más tarde habia de levantarse el gran edificio de nuestra literatura nacional.

En esta época á que nos referimos, muéstrase ya el ingenio español adornado de los caractéres propios de nuestro pueblo, que tanto valor dan más tarde á la literatura castellana. Aquella noble y á la vez potente aspiracion á la independencia; aquel como rudo empeño en quebrantar las reglas y preceptos del mismo arte en que se inspiran los primeros escritores hispano-latinos; aquella inclinacion á usar de licencias poéticas y de lenguaje, y á convertirlas en reglas y hasta imponerlas como preceptos; aquel sello de originalidad seguido de la tendencia á separarse de los eruditos; todo aquello, en fin, que en la leccion precedente reconocimos como constituyendo el carácter de los escritores hispano-latinos, que siguieron la manifestacion pagana, constituye el carácter de los españoles que cultivan la literatura latina en su manifestacion cristiana. Todo ello, pues, forma el carácter especial de la literatura hispano-latina en su primera época.